

COLOQUIO

IMPRESIONES SOBRE LA UNION SOVIÉTICA*

Arturo Fontaine Talavera y
David Gallagher

Enrique Barros: **

En nombre del Centro de Estudios Públicos, me ha correspondido moderar, si es que se puede usar el término, esta conversación con Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, quienes han regresado de un apasionante viaje a la Unión Soviética, invitados por el Cato Institute, Atlas Economic Research Foundation y la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. El formato que vamos a seguir es el siguiente: comienza una introducción de Arturo, seguida de un comentario de David, y a continuación otra participación de David; después sus opiniones se cruzarán recíprocamente. Posteriormente daremos lugar a un debate con los asistentes, para luego concluir con dos breves intervenciones de nuestros dialogantes.

Los dejo con Arturo Fontaine Talavera.

*Versión editada del coloquio que se realizó el día 22 de octubre de 1990 en el Centro de Estudios Públicos.

**Profesor de Derecho de la Universidad de Chile y columnista del diario *El Mercurio*. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

Arturo Fontaine T.*

Visitar hoy la Unión Soviética es viajar. Porque la noción de viaje se nos ha ido; podemos estar en Arizona o en Puerto Montt o en París o en Antigua, en Guatemala, y realmente no hemos viajado. Es decir, uno encuentra en el hotel más o menos el mismo tipo de habitación; hay unas cocacolas que son de gusto idéntico, etc. El viaje como ruptura de las coordenadas, como lo era históricamente, casi no es posible hoy en día. El viaje, en el sentido en que lo hizo Marco Polo, el viaje que suscitaba diarios de viaje, porque justamente había que comunicar una experiencia, que de otro modo no se podía comunicar, se ha desvanecido. El viaje que tiene mucho que ver con la literatura, porque son justamente esos diarios de viaje, esos comentarios de viaje, los que están en el origen de muchas de las grandes obras literarias: *La Odisea*, *El Quijote*, *Los Viajes de Gulliver*, los viajes que narra Julio Verne o Michaux, quizás el último gran viajero.

Sin embargo, uno diría: pero... esto no es así. Porque el periodismo nos está inundando de informaciones sobre la Unión Soviética; estamos leyendo por todas partes lo que ocurre, y el Informe Especial de Televisión Nacional fabrica a una velocidad asombrosa distintas imágenes con sonido y nos muestra realmente lo que está pasando en la Unión Soviética. Efectivamente, todo lo que muestran es verdad. Sin embargo, lo que ocurre es que el avance de la tecnología ha permitido expandir el oído y la vista, pero no el olfato y el gusto. De manera que aunque podemos ver en este momento, a través de un televisor lo que está sucediendo en el G.U.M., los almacenes principales de Moscú, no hay manera de oler desde aquí lo que ocurre en este momento en el G.U.M., ni sentir el gusto de las bebidas que en el G.U.M. justifican hacer una cola.

Y quisiera detenerme en lo de la bebida. La Pepsi, muy exitosa en las sociedades de consumo, se instaló en la Unión Soviética en la época de Brezhnev. Fue una victoria, en cierto modo, del capitalismo, pero que merece algunos comentarios. Fue una victoria del capitalismo en el sentido de que la Pepsi, como la Coca-Cola y las demás colas, son típicamente un gusto innecesario: son las típicas necesidades superfluas que el socialismo se proponía evitar para destinar los recursos a aquellas necesidades básicas, indispensables. Ocurre que después de más de 50 años de sociedad comunista

*Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile y M. A. y M. Phil., Universidad de Columbia (EE.UU.). Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

se produce una demanda por la Pepsi Cola, y el régimen, el duro régimen de Brezhnev, acepta esta demanda y le abre cauce por la vía de establecer una marca llamada Pepsi, que corresponde a la Pepsi, aparentemente. Hay aquí una derrota moral del socialismo y una derrota estética. Es una derrota importante, pero es discutible que sea un triunfo el capitalismo, porque en realidad lo que allá se vende como Pepsi es un producto envilecido, virtualmente intomable para quien haya consumido una Pepsi anterior y se acerca a esa bebida con las expectativas que genera la Pepsi Cola en otros países. Esto es así no sólo para quienes venimos corrompidos por las sociedades consumistas, sino que también para cualquier soviético. Están dispuestos a pagar muchas veces el valor de una Pepsi rusa por una Pepsi extranjera, lo que nosotros, en cualquier sociedad de consumo, no haríamos, es decir, en Guatemala uno no cambiaría una Coca Cola guatemalteca por una francesa a un precio tan evidentemente distinto.

En seguida, en la Unión Soviética la Pepsi es un producto monopolístico. Desde luego, no está la Coca Cola. Me interesa destacar dos cosas más a raíz de la Pepsi: una, es que indica la relatividad de los índices con que se mide el desarrollo económico. Cuando se habla de leche, de carne, no se está siempre hablando de lo mismo. De manera que cuando se dice: "pero si los rusos tienen Pepsi Cola", se está diciendo en realidad que tiene algo que va en un envase que dice así, pero tiene muy poco que ver con lo que para nosotros representa la Pepsi Cola. Y algo similar ocurre con la leche, la carne y la fruta. Porque el fruto que consume hoy el moscovita, por ejemplo, bajo el nombre "manzana", es algo que nosotros no consumiríamos bajo ese nombre. De manera que al comparar la vida en una sociedad comunista y en una capitalista hay que tener mucho cuidado con los índices, pues suelen ser muy engañosos. Con frecuencia se tiende a perder el factor calidad de vida que no es una cuestión de cantidad, es decir, se termina comparando cantidades que no son comparables. El segundo punto es que puede que la historia de la Pepsi sea una metáfora de lo que le puede suceder a la URSS con el capitalismo, es decir, que lo que allí surja o está surgiendo sea una versión envilecida del capitalismo, una versión relativamente intragable; aunque quién sabe...

En el corazón de la sociedad socialista uno encuentra un amago de sociedad de consumo, una modalidad jibarizada y a ratos grotesca de ella. No encuentra los ideales de Marx, los ideales del socialismo. Uno no encuentra los ideales que están en la literatura ni el arte de los inicios de la revolución o del período del realismo socialista. Esto lo intuyó hace muchos años el poeta salvadoreño Roque Dalton, que era marxista y muy comprometido con la revolución. En un poema satírico situado en Berlín oriental (que leí

hace muchos años y que no he podido volver a encontrar entre mis libros) una mujer defiende las virtudes del régimen socialista sosteniendo que el refrigerador que ella tiene es casi tan bueno como los que venden en Alemania Occidental. Lo que quiero decir es lo siguiente: "los sueños son los mismos sueños burgueses: autos, ropa de moda, ropa de marca... Son las aspiraciones creadas bajo el capitalismo. Son esos sueños —los sueños muchas veces espurios de la masa consumista— los que terminan guiando la mano de los planificadores socialistas. Y esta es, un poco, la paradoja: he aquí una sociedad que construye todo un tremendo aparataje de planificación central para dar satisfacción apenas, a veces, con gran esfuerzo, a una cantidad de deseos que se han ido apilando en el mundo capitalista, como la Pepsi.

No hay, por consiguiente, una estética, un modo de vida socialista perceptible; no se detectan esos valores socialistas. Si uno visita la celda de un monasterio de monjes medievales —recuerdo en este momento uno que conocí en Fiésole— encuentra una estética. El espacio, la luz, los pocos objetos enmarcan una vida ascética, centrada en lo necesario, en lo mínimo. Pero, a su vez, donde la ojiva de la ventana tiene un sentido; donde la madera de la silla, trabajada de un modo simple y funcional, de alguna manera comunica el estilo de vida que provocó ese diseño. No ocurre eso en la sociedad socialista. Aquí uno no encuentra que en la austeridad, en la pobreza, en el desprendimiento de los valores materiales, se haya visualizado un ideal alternativo, sino más bien lo que uno halla es el remedo, el gesto mimético fallido, incompleto. Lo que más llama la atención no es el fracaso económico, que es visible por todas partes, ni el fracaso político, que también lo es; lo que más sorprende, lo que sobrecoge, es el tremendo fracaso espiritual del socialismo como proyecto.

Entonces uno se rebela, uno dice: no puede ser, no puede ser al menos hasta este punto, y empieza a preguntar, a indagar. Sin embargo, es un hecho que los hijos del profesor Kochevrin, destacado miembro de la Academia de Ciencias, están ataviados con *T-shirts* franceses y los lucen con orgullo manifiesto. Y es un hecho que la señorita Natacha Romanova, amiga nuestra, que es miembro del Partido Comunista, lleva una chaqueta de tela austríaca y nos dice que la consiguió en la oficina del Partido de la institución en la cual trabaja. Y cualquier ruso en la calle a cincuenta metros pensaría que los jóvenes Kochevrin o la joven Romanova son turistas; tan perceptible es la diferencia de calidad de la ropa, de diseño, de materiales, de terminaciones. Por ejemplo, las medias hacen que las piernas de las rusas no sean comparables con las piernas de las no rusas, tal como el shampoo ruso hace que el pelo de las rusas no sea como el de las no rusas.

Al acercarse a la casa de huéspedes de la Academia de Ciencias en el atardecer, a unos cincuenta metros de distancia, comienzan a escucharse los gritos de Madonna o la lambada. Es que el gerente del hotel arrienda, por su cuenta, los salones para fiestas. Un caso de "privatización espontánea". Los jóvenes se precipitan a estas improvisadas discotecas con gestos tipo "Grease", y ataviados con casacas de plástico negro que sugieren cuero, se desplazan sobre los capós de los Ladas cacharrientos que entran y salen de allí ronceando como condenados y besan a unas rusas ávidas vestidas con unos petos de brillos dorados que parecen disfraces de circo pobre.

Pero uno sigue buscando dónde está el error, qué es lo que de alguna manera a uno se le escapa. Porque no puede ser que setenta años de experiencia socialista hayan llevado a esto. La búsqueda de una sociedad igualitaria responde a un proyecto de hondo contenido ético. Su pulverización tiene algo de doloroso. Entonces, uno empieza a visitar las casas y a buscar los valores que hay ahí. En realidad qué importa que en el living los sofás sean las camas de los dueños del departamento. Aunque se trate de un ingeniero químico de mucho prestigio de una compañía importante, casado con una mujer también profesional... qué importa, es normal; sofás-camas también existen en Occidente. También es interesante la idea de estar sentado ahí, en la cama misma del matrimonio que uno está visitando; es una forma acogedora de recibir. Y, mal que mal, hay Pepsi. Y, en fin, tienen leche casi todos los días, según se nos informa, y patatas en abundancia, que nos sirven como buenos rusos. También nos darán arroz y pan. Comemos en la mesa que está en la cocina. El otro cuarto es la pieza de los niños. La comida es sabrosa. De postre nos darán sandía. Entonces, uno se dice, para mucha gente la vida en definitiva es así. El abastecimiento básico, a pesar de las colas, y del mercado negro, todavía se consigue. No podría hablarse de hambruna.

Además, uno recuerda el éxito del programa espacial, los ajedrecistas, los atletas olímpicos, los libros clásicos (*El Fausto* de Goethe, *Great Expectations* de Dickens, a menos de 30 centavos de dólar), que los rusos realmente leen. Es un pueblo culto.

En tiempos de Brezhnev también había que hacer colas, pero no para la carne. Ahora, como no se la encuentra en los supermercados y no está asegurada por los canales de distribución partidarios y sindicales, es necesario buscarla en el mercado informal, y los precios resultan prohibitivos. Antes los productos básicos escaseaban menos, pero había más miedo. Había mercado negro, pero estaba menos generalizado. La pérdida del miedo, entonces, producto de la *glasnot* y de la *perestroika*, ha desatado las fuerzas

de la economía informal. Hay un vacío de poder. Las instituciones establecidas están siendo sobrepasadas y las nuevas aún no se perfilan.

Conmueve bajar al Metro que construyó Stalin. Está mucho más enterrado que cualquier otro Metro que yo conozca. Sus bóvedas son sobrecogedoras, su iluminación es noble. Estatuas de bronce representan jóvenes mineros o proletarios fuertes y entusiastas junto a mujeres también fuertes y sanas, cuyos niños también fuertes, sanos y entusiastas sonríen mientras el ejercicio hincha sus músculos. Sólo que esa sonrisa se vuelve *kitsch*. Exhiben una dentadura que puede ser una vara demasiado alta y decepcionante. Porque una rusa muy atractiva que he visto en una librería, donde además venden posters, en la calle Arbat, en algún momento cometió el error de sonreírse; entonces mostró uno o dos dientes falsos, de acero o de algún material similar. Este mal estado de la dentadura de los rusos es común. Un economista muy importante, de unos cuarenta y cinco años, muy vinculado a los planes económicos actuales, tiene también dos o tres dientes de menos rellenos con metal.

En ese mismo momento David Gallagher empieza a sentir un violento dolor de muelas; entonces acudimos a las ventajas de la sociedad socialista. Entramos a una farmacia antigua, como de cuentos, en la cual hay una infinidad de frascos iguales, de vidrio con etiquetas blancas. Una especie de vieja botica. Compramos por una cantidad irrisoria unos calmantes que le producen a David un efecto instantáneo. Salimos felices con la medicina socialista, diciéndonos: aquí está lo que realmente ha sostenido a este régimen. Pero ocurre que a las pocas cuerdas se acaba el efecto del remedio y se hace necesario, tal vez, ir al dentista. Estamos comiendo en casa de unos amigos y yo les planteo el problema. David se resiste a la idea, pero yo estoy convencido de que David debe ir y probar las ventajas de la medicina socialista. Desgraciadamente, el experimento no conduce muy lejos, porque nuestros amigos, incluida la del Partido Comunista, nos indican que conseguir la hora le tomará al menos seis meses y que esto es lo habitual. Lo cual explica por qué la función del dentista se limita a poner, donde hubo un diente natural, uno falso, de metal.

Pero, en fin, uno sigue indagando y buscando el modo de acceder al misterio que sustenta a esta sociedad. Y, de alguna manera, este mundo empieza a abrirse y produce, en parte, un proceso de virtual rusificación. A ratos, se empieza a apreciar el valor de ciertas medidas disciplinarias. Cada uno, a su modo, sufre su propia experiencia de rusificación parcial, de preguntar metafísicamente acerca del espíritu ruso.

Incluso, pienso, estar domesticado puede tener ciertas ventajas. En algún momento hubo un gallo que debió tomar la decisión entre ser libre y

vulnerable como el faisán o ser un gallo de gallinero; en cierto momento alguna ventaja vio en hacerse doméstico y quedarse ahí. La disciplina atrae porque es una forma de protección contra el caos, contra la incertidumbre. Gracias a una autoridad clara se produce una especie de liberación de las responsabilidades. La *glasnot* y la *perestroika* muestran el peligro del desorden, el magnetismo de la libertad, pero, al mismo tiempo, el vértigo del vacío de poder y la necesidad de orden. Un fantasma recorre la Unión Soviética: es el fantasma de Bakunin.

Y en este proceso de descubrimiento, empecé a valorar la arquitectura de tiempos de Stalin. Lenin es una figura romántica. Se parece a Simón Bolívar, como mito. La figura que realmente interesa para entender lo que es la Unión Soviética es la de Stalin. La arquitectura estalinista tiene algo gótico, tiene algo de los viejos rascacielos de Chicago, y a mí me empezó a interesar esto.

Un día nos invitan a a un departamento construido en la época de Stalin, situado en la avenida Gorki. Su fachada nos parece noble e imponente. Pero ocurrió que al entrar había unas pozas de color incierto y un olor cierto a gato. Cruzamos ese zaguán de respiración difícil, subimos las largas escaleras y llegamos a un departamento acogedor. Y aquí se produce una pequeña reflexión sobre la diferencia que hay entre el espacio privado y el espacio común del edificio; sucede que ellos no pueden contratar a alguien que limpie ese espacio común pero sí pueden limpiar el propio, y la diferencia que hay entre el espacio común y el espacio propio es muy notoria. Es decir, donde hay algo entregado al cuidado social se produce un deterioro visible, evidente, indesmentible, como cabría esperar, lo mismo que ocurriría en Chile, lo mismo que siempre se argumentó en contra de los socialistas. Sólo que ellos contestaban que la mutación valórica, producto de la alteración radical de las relaciones de producción, arrojaría un resultado distinto. Tras setenta años de forma de producción socialista, tras setenta años de educación socialista, esa mutación valórica no se percibe. Este no es un argumento contra Marx, quien en su *Crítica al Programa de Gotha* dejó en claro que los incentivos, bajo el socialismo, no serían radicalmente distintos de los propios de una sociedad burguesa. Marx confiaba que la mutación valórica surgiría con la sociedad comunista, una vez que el súper desarrollo de las fuerzas productivas hiciera superfluo el poder, el Estado, las estructuras de dominación y de clase. Marx —a diferencia de los socialistas "utópicos"— nunca confió en la "reeducación" o en la "concientización". Pero, claro, lo que pasa, lo que todo ruso sabe, es que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es bajo comparado con la creatividad del capitalismo y no permite anticipar el "salto del reino de la necesidad al reino

de la libertad". El modo de producción socialista se asemeja, más bien, a lo que Marx llamó el "modo de producción asiática". Podría anticipar alguna forma de mercantilismo o, incluso, de capitalismo; no el comunismo.

Estamos en casa de Natasha, después de una comida muy acogedora. La cercanía del alma rusa lo hace a uno predisponerse a favor y abrirse mucho más. Recordando a la Natasha de *La Guerra y la Paz*, que baila, quisiera que esta también bailara. Además los rusos no usan zapatos dentro del departamento y Natascha, ustedes recuerdan, se sacó los zapatos para bailar. Hay un incentivo adicional para que Natasha baile. Está tomando té, preparado en un samovar eléctrico. Se conversa animadamente, pero esta Natasha no va a bailar. Cuenta una historia. Tiene que ver con su familia. No ayuda a bailar. Es la historia de su abuelo, que siendo un hombre del Partido Comunista, como su mujer, por alguna razón se ve implicado en un asunto. Lo arrestan. Seis meses después su mujer recibe una notificación con la ropa, en la cual le comunican que su marido ha sido juzgado y condenado como "enemigo del pueblo". Entonces, su mujer interpreta que este es un error del Partido, pero sigue siendo comunista. Y sigue siéndolo cuando su hijo, el padre de Natasha, entra a la Universidad, a la Escuela de Derecho, y se encuentra con que a la semana de clases debe abandonar la Escuela y la Universidad porque se ha descubierto que es hijo de un hombre que fue condenado como "enemigo del pueblo". Y esa señora sigue siendo comunista hasta hoy. Y su nieta es comunista porque es el modo a través del cual ella puede vivir mejor en esa sociedad. Pero no cree en Marx, ni en la economía centralizada ni en el socialismo. Es comunista. En un momento dado de la discusión, otro ruso que está allí la encara: ser comunista te ha permitido desarrollar una carrera exitosa. Por eso eres comunista.

Pero, sea como fuere, el hecho es que de un modo u otro el samovar eléctrico, pero samovar al fin, el té ruso, que es chino en realidad, pero, en fin, es tomado en Rusia, y unos panecillos muy ricos que se untan en el té, y que no pueden sino recordar a la Madeleine de Proust, ponen en marcha un cierto proceso que si bien no es de rememoranza, tiene algo de eso. Porque, de alguna manera, en ese instante yo sentí que estuve quizás ahí, que pude haber estado, que recién comenzaba en verdad a estar ahí. Y es que a partir de ese té del samovar ruso es posible internarse en un laberinto de distorsiones de la imaginación. Entonces, uno se deja tomar por el misterio del Moscú decimonónico, de edificios de estuco laboreado. A la misma hora, probablemente, suben Ana y Vronsky al tren, sin que Ana, por cierto, sepa todavía que él va. Y a la mañana siguiente surge, naturalmente, San Petersburgo, debajo de Leningrado; y uno descubre que en realidad no hay neón, lo cual es una maravilla; tampoco hay rascacielos. Está como

detenida en lo que era el año 1917. Y puede aparecer el fantasma del capote de Gogol, en alguno de los muchos puentes del Fontanka; y al llegar a la avenida Nevski uno ya no está muy seguro qué está viendo; si es lo que ve uno o lo que vio Gogol cuando decía: yo sé que ninguno de esos pálidos y jerarquizados habitantes, los de San Petersburgo, cambiaría la avenida Nevski por todo el oro del mundo. En realidad, la avenida Nevski tiene un encanto particular. Empiezan a aparecer los palacios, el de Mikjail, que hoy es el Museo Ruso, construido por Rossi, el arquitecto italiano que tantas huellas deja en esa ciudad; el Palacio Belosel'sky-Belozersky, un palacio barroco color rojo, la casa de Yusupof, en fin, aparecen los edificios *art nouveau* que son francamente extraordinarios. El de la Singer, por ejemplo. A diferencia del mismo Palacio de Invierno y de tantos otros palacios retocados, como hechos en cartón piedra, pensados como simulaciones —lo cual, por cierto, tiene su encanto y misterio propio— las obras del *art nouveau* son reales, vigorosas, originales. Y entonces el teatro, el teatro Malig, el antiguo teatro, o el teatro Kirov, en la noche resultan maravillosos. La calidad de la ópera *Eugene Onegin* es, en realidad, extraordinaria. Todo hecho con gente de allá; cargado con todo el pasado de Rusia.

Luego se produce una tentación, que es querer ir a ver viejitas besando iconos arrodilladas ante un santo y popes de pelos largos parecidos al padre Zósima de *Los Hermanos Karamazov* y mujiks con casas de madera labradas como encajes. Y después de algún esfuerzo y de algunas coimas y violando la ley, porque no nos dan visa para ir, logramos llegar a Vladimir y a Suzdal y ver el campo, y todo eso está y existe de alguna manera. Entonces uno se dice, eso es pura nostalgia; en realidad lo que hay es que yo he leído muchas novelas rusas y las estoy instalando sobre esta estepa. Pero, en realidad, es así y no es así. Lo que hay son videoclips de Madonna por todas partes, y como no hay programas para la televisión, los espacios se llenan con música rock; lo que hay son colas para comprar cigarrillos y gente con bolsas que circula para ponerse en la primera cola que pille, para comprar lo primero que encuentre a vendedores gruñones o, en el mejor de los casos, displicentes, que hacen sus cálculos con abacos.

Pero también hay eso otro, esa nostalgia que es una nostalgia rusa, actual. Una exposición de papeles y fotografías de los últimos días de la familia del zar está abarrotada de gente. En ella, una cita de Gorbachov dice que fue un crimen la muerte del zar. Y en una pequeña plaza de la avenida Nevski, junto a panfletos políticos críticos de Gorbachov —por conservador— y de posters pornográficos, se venden reproducciones e insignias y fotografías de los zares. Todo ello rodeado por el halo que confiere lo prohibido. Y, dicho sea de paso, las más sorprendidas con los posters de

mujeres desnudas parecen ser las propias rusas que, bien forradas en sus rígidos impermeables, se amontonan observando esto con expresiones de rareza, incredulidad, risa nerviosa, estupor.

Sobre todo, lo que hay, y por miles, son personajes como de *Almas Muertas*. Chichikov, que creo es el personaje más representativo de lo que es la Rusia actual, justamente plantea un negocio en su novela que, si tenemos tiempo después, yo quisiera mostrar cuál es, porque a lo mejor el negocio en que está hoy la Unión Soviética no es demasiado distinto que el que planificó Chichikov.

David Gallagher*

Yo también soy lector empedernido de novelas rusas, y también he pasado por todos esos vaivenes de percepción. Es un país, como dice Arturo, en el que uno no sabe realmente lo que está percibiendo, siempre se está frente a fenómenos que parecen ser inexplicables (pese a que yo no tengo problema de idioma, porque hablo ruso). Numerosas veces he estado en ciudades en las que no conozco el idioma del lugar y donde, sin embargo, me he sentido absolutamente en casa; donde no he sentido esa sensación de no entender bien qué es lo que está ocurriendo. Pero tampoco los rusos entienden lo que está sucediendo. (Es un fenómeno sobre el cual volveré después, porque tiene mucho que ver con la situación de descomposición política y económica en que está sumido ese país.)

En realidad, lo que nosotros presenciemos son los síntomas de lo que es una catástrofe económica creciente. Síntomas como las colas extraordinarias para adquirir productos básicos, para no hablar de las colas infinitas para lujos como una hamburguesa de Mac Donalds (empresa que como ustedes saben instaló hace unos meses un local en Moscú). La cola para entrar a comer una hamburguesa demora en promedio dos horas y media a tres horas, es realmente muy impresionante. Asimismo, y por diversas razones sobre las cuales se especula mucho, había una escasez aguda de pan y de tabaco. Y el fenómeno de la escasez es otro de los muchos que los rusos mismos no comprenden (y creo que Gorbachov

*Ex profesor de literatura en Saint Antony's College, Universidad de Oxford. Ha sido crítico literario del *Times Literary Supplement* y del *New York Review of Books*. Autor del libro *Modern Latin American Literature* (Oxford University Press, 1973) y de numerosos ensayos. Columnista del diario *El Mercurio* y presidente de la consultora Financiera Internacional Celta Ltda.

tampoco lo entiende del todo). No se ha cosechado bien la papa, que es el alimento básico de los rusos, y la cosecha de todas las legumbres que tenía que haberse realizado entre septiembre y mediados de octubre, no ha superado el treinta por ciento.

Hay una situación de catástrofe económica y también de desmembramiento político, en todos los sentidos: político, social y moral. Tengo la impresión de que a estas alturas nadie sabe en la Unión Soviética cuáles son sus fuerzas relativas; nadie sabe quién es quién. El mismo Gorbachov da órdenes que no hacen más que producir ecos en las paredes del Kremlin, porque rara vez salen de ahí, y de todas maneras nadie las implementa. Yeltsin despotrica desde su baluarte contra Gorbachov, pero también son ecos en el aire que probablemente no tienen ninguna significación ni efecto en la práctica.

Recuerdo cuando en Chile pasamos por una época muy crítica, durante los años 1983 y 1984, había una sensación en ese momento —Arturo lo comentaba mucho— de falta de conocimiento de lo que era la fuerza relativa del adversario, es decir, Jarpa no sabía cuál era la fuerza verdadera de Valdés, y viceversa. Ahora, si uno imagina eso pero multiplicado de una forma absolutamente inconcebible, así es la Unión Soviética de hoy.

En cuanto a la economía, hay un agudo problema de información. En las continuas peleas que se dan entre economistas, no es cuestión de ponerse de acuerdo sobre el significado de las estadísticas, ya nadie espera que existan estadísticas que tengan confiabilidad alguna. Se estima, por ejemplo, que el déficit fiscal es del orden del 25 por ciento del PGB, pero eso para comenzar a hablar, la varianza puede ser de 25 a 50. Nadie sabe en realidad lo que es el PGB. Me preguntaban días atrás si había bajado mucho el PGB en la Unión Soviética; pero ya ese concepto de bajar o subir el PGB en verdad no existe, porque nadie tiene números confiables de ningún tipo.

En verdad, esta es una sociedad que ha practicado doble estándares durante demasiado tiempo. Es decir, lo que se dice y lo que se piensa, lo que se hace y lo que se cree, han estado de tal modo desdoblados que realmente no hay ninguna noción de la verdad. Y esto, sumado a un sistema económico extraordinariamente artificial, ha dado lugar a otro factor de descomposición muy alarmante: una corrupción tremenda. Creo que jamás pensé que podría llegar a conocer un país tan corrupto como es la Unión Soviética (donde incluso yo mismo podría cometer docenas de actos de corrupción cada día). Digo esto porque presenciamos escenas muy notables, como la de nuestro taxista que es detenido por la policía por haber hecho un giro indebido, y que desciende del taxi muy sonriente porque sabe que lo único que tiene que hacer es darle a la policía (después descubrimos) quince

rublos —aproximadamente un dólar en la tasa de mercado—, lo cual hace sin ningún disimulo. Y como no hay mercado, como no hay ninguna relación natural entre la oferta y la demanda, el diario vivir está lleno de cuellos de botella de un tipo u otro que se solucionan con una coima. Esta corrupción en cierto sentido es una reacción espontánea natural del ser humano, y hasta simpática, diría yo, contra ese monstruo artificial que engendró la razón socialista. Pero tiene un cariz más grave, porque en ese país donde todos tienen una doble función, donde todos se desdoblan, todo funcionario de la llamada nomenclatura soviética es, al mismo tiempo, miembro de lo que se llaman las "mafias". La percepción, ya sea paranoica o real, de los rusos con quienes estuvimos, era, en el fondo, que la economía soviética estaba en estos momentos en manos de la mafia. Y para describir lo que sucedía en la economía, recuerdo que un diario recurrió a una frase memorable: "canibalismo económico". Agregúese a esto el hecho de que estamos en presencia de un imperio que se está desmoronando. Creo que Lenin, y sobre todo Stalin, como ha dicho Arturo, prodigiosamente prolongaron el imperio de los zares justo cuando se derrumbaban los imperios hausburgo y otomano, y le mantuvieron artificialmente en el tiempo con esta inyección tan eficiente y eficaz de totalitarismo. Pero eso ya se acabó.

Ustedes leen todos los días en la prensa sobre los acontecimientos en la Unión Soviética, pero quisiera decir dos cosas. La primera es que en Occidente, en general, se celebra que los países bálticos, Ucrania y otros recuperen sus derechos legítimos como naciones. Pero sucede que todo ello acarrea para nosotros muchísimos más problemas de lo que a veces imaginamos. Primero, uno que Gorbachov resumió muy bien al decir: "pienso que en Occidente deben estar preocupados por el hecho de que puedan surgir aquí quince repúblicas, cada una provista de armamento nuclear". En efecto, en la Unión Soviética existe una suerte de interrelación nuclear muy notable, y en este momento los rusos están tratando de retirar los misiles emplazados en lugares como Azerbaiyán, Kazagstán, etc., (sólo en Kazagstán hay trescientos misiles con ojivas nucleares). Ahora, en el Occidente se sueña que estas repúblicas pueden escindirse y volverse autónomas, y que después habrá un maravilloso mercado común soviético de repúblicas independientes. Pero estas repúblicas, en parte por la política de Stalin de trasladar poblaciones, son muy complicadas. Kazagstán es un caso muy interesante: el 40 por ciento de la población es cosaca, el 40 por ciento rusa y el 20 por ciento la conforman diversos grupos musulmanes. Gorbachov hizo otro comentario inteligente cuando dijo: ¿quién es el artesano que va a dividir Kasagstán en forma que satisfaga a todo el mundo? Resulta que ésta

es una república que tiene cerca de un tercio de la tierra cultivable de la Unión Soviética y una cantidad muy importante de los metales estratégicos; allí también está el principal centro espacial y los principales sitios de prueba nuclear de la Unión Soviética. Debido a estas razones militares, se fueron creando en Kasagstán pequeños pueblos y ciudades de rusos, los que ahora exigen autonomía porque se ven rodeados de gente que ellos consideran son extranjeros amenazantes. Hace sólo unos días el *Financial Times* daba la noticia de un pueblo, Stepnogorsk (100.000 habitantes), que había declarado su deseo de ser autónomo de cualquier república independiente de Kasagstán que surgiera. Resulta que Stepnogorsk, por algunas razones sin duda inquietantes y que desconocemos, es un pueblo que hasta entonces nadie sabía que existía, y cuando ello se supo, cuatro o cinco días atrás, no se sabía, y todavía no se sabe, dónde está ubicado exactamente.

Hay en este país, entonces, una tendencia a la anarquía, al caos, a la descomposición. Es imposible predecir el futuro, ni siquiera el mañana, lo que produce un estado febril en la gente. Nosotros mismos empezamos a vivirlo en el congreso al que asistimos. En una oportunidad el alcalde de Moscú irrumpió en un almuerzo para expresar su indignación porque no se había presentado debidamente en el Soviet Supremo, esa mañana, el plan de liberalización económica y retorno al mercado. Anunció que él, en consecuencia, iba a poner al pueblo ese domingo en las calles de Moscú. Lo que por cierto hizo.

Quiero hacer una reflexión acerca de que por qué este país ha llegado a esta coyuntura. No me extenderé sobre el sinnúmero de textos que teóricamente atacan la planificación central, sobre todo en una sociedad moderna donde el cambio es tremendamente rápido y donde, obviamente, ningún plan rígido puede ni remotamente disponer de la información que se maneja en la sociedad, ni puede ser mantenido ni funcionar siquiera en su mínimo mediocre sin que haya una fe ciega en él de parte de la población. Probablemente algunos tuvieron esa fe en los primeros años de la revolución, y luego, cuando esa fe ciega se desvaneció, llegó el terror (sin terror no puede mantenerse vivo un plan de esa naturaleza). Entonces, ¿qué sucede cuando se acaba el terror y comienza la *glasnost* de Gorbachov? Se produce una apertura, y con ella el plan empieza a ser cuestionado.

La apertura de la época de *glasnost* (claridad, transparencia) consiste en una libertad de prensa, de expresión, de opinión, etc. Junto a ella se plantea una *perestroika*, una reestructuración o una reforma económica ideada por un economista armenio, Abel Aganbegyan, quien ha sido además el artífice del plan aprobado por el Soviet Supremo el pasado 19 de octubre (hace sólo tres días).

¿En qué consistía el plan en 1985? Creo que éste nunca ha sido bien analizado en Occidente. En síntesis, fue una mezcla de ingredientes bastante poco promisorio. En primer lugar, Aganbegyan pensó que el problema de la Unión Soviética, y lo dijo con mucha candidez en una conferencia a la cual nosotros asistimos, radicaba en una industria mal equipada, la cual, en consecuencia, había que renovar. Con lo cual, entonces, se procede a reequipar la industria —sin consultar el mercado, desde luego— a un costo absolutamente gigantesco y con planes de industrialización faraónicos que no son más que una repetición del ejercicio de Stalin de los años 30. Y, al mismo tiempo, para complacer a la población, se aplica una política de salarios y de incentivos, a la que yo llamaría peronista o populista. Creo que ese populismo proviene del hecho que Gorbachov es un hombre que siempre ha querido ser el bueno de la película: es el típico político demagógico que le gusta ser bondadoso. Por ejemplo, en el plan de *perestroika* hay un incentivo desmesurado para la construcción de viviendas, cuyo resultado es esa suerte de bosque de enormes grúas que pudimos observar por todo Moscú, al lado de edificios a medio terminar y que han debido ser abandonados porque se terminaron los recursos.

En suma, la *perestroika* produce un incremento del gasto fiscal que ya estaba descontrolado por las imperiales ambiciones militares de Brehznev. Además, el desmesurado gasto militar no empieza a disminuir sino en el año 1988, cuando realmente se inicia la distensión con Occidente. Distensión que obedeció, a mi juicio, al hecho de que la Unión Soviética no tenía otra alternativa más que reducir su gasto militar y, por tanto, retirarse de Afganistán y hacer la paz con los Estados Unidos y Occidente, cuya ayuda, por lo demás, necesitaba —y sigue necesitando— por el lado de los ingresos: requería créditos. Durante la *perestroika* (1985-1989/1990) no sólo se aceleran los gastos fiscales, sino que también cae el precio del petróleo y, por consiguiente, disminuyen ostensiblemente las entradas por concepto de exportaciones del crudo, la fuente de divisas más importante de la Unión Soviética. Y todo este creciente descuadre va acompañado y mezclado, asimismo, con la *glasnost*, es decir, que cada cual diga lo que quiera, libertad de prensa. Libertad, por cierto, un poco relativa, pues el Partido Comunista controla todavía el 85 por ciento de la prensa y hay una escasez enorme de papel en la Unión Soviética, a pesar de los gigantescos bosques. Para controlar y limitar la circulación de la prensa opositora, siempre existe la consabida excusa de que falta papel. La mezcla de populismo y libertad resultó ser fatal.

Nadie entiende, ni Gorbachov, por cierto, con sus lecturas limitadas (lo cual es de algún modo comprensible dada la situación que allí se vive),

lo que pueden ser, por ejemplo, las expectativas en un mercado cuando ya empieza a haber libertad de expresión. Y justamente por la *glasnost* se producen problemas tremendos. Así, en mayo de 1990, Gorbachov anuncia que el 1 de enero de 1991 habrá un alza general de precios de todos los productos básicos del orden del 40 por ciento. Ese mismo día, naturalmente, se producen unas colas larguísimas en los locales de abastecimiento de las ciudades de la Unión Soviética, y todos acaparan lo que pueden.

En suma, la Unión Soviética entra en un círculo vicioso de descuadre fiscal, explosión de expectativas y escasez, con consecuencias obvias de progresivo deterioro económico.

Las consecuencias políticas, me parece, son impredecibles. El alcalde de Moscú, Gabriel Popov, quien estaba presente en nuestro seminario, representaba una especie de nueva alianza política que ha surgido en la Unión Soviética, la cual es muy difícil decir si va o no a perdurar. Según el alcalde Popov, ha llegado el fin de lo que él llama la alianza centro-derecha, vale decir, en términos rusos, la alianza entre comunistas conservadores y comunistas moderados. Ahora debería ser reemplazada por una coalición de centro-izquierda integrada por los comunistas más moderados y los liberales (a estos últimos, en Rusia se les llama izquierdistas), la cual deberá llevar a cabo las reformas necesarias. El problema es que tanto Popov, Yeltsin, así como Sobchak, el alcalde de Leningrado, son personas que hace seis meses eran comunistas, y eso les resta credibilidad. En verdad, durante los días que estuvimos en la Unión Soviética no conseguimos que ni un solo ruso de la calle, o sea, los taxistas y otros con quienes hablamos, se expresara bien de ellos, justamente por esa razón. Decían que todos ellos eran los mismos de siempre, y que sólo hay, en el fondo, una lucha de poder con nueva retórica. De alguna manera, esa es la impresión que existe.

Me atrevería a decir que hay una tendencia hacia la anarquía donde cada individuo ruso, tanto más si es intelectual o si ocupa un cargo de cierta importancia, tiene una especie de visión de cómo solucionar los problemas del país, y la única solución verdadera es la suya; cada cual tiene su propia solución global y no quiere transarla con nadie. Además, en todo este trasfondo hay un surgimiento de ideologías extrañas, muchas de ellas totalitarias. De vez en cuando Soljenitzyn interviene en las disputas. Cuando estábamos allí publicó una suerte de manifiesto, en un tono casi bíblico, tremendamente pomposo, en que hace un llamado a regresar a la Rusia del campo, de la aldea, de los valores de la tierra, con fuertes ataques, como siempre, al consumismo. (Y en el que además describe un sistema electoral complicadísimo, donde solamente se eligen, en forma directa, representantes de pueblos pequeños. En un país tan grande como Rusia, dice

Soljenitzyn, no deben elegirse directamente representantes nacionales, pues la gente no los conoce ni puede llegar a conocerlos bien.)

Hay en la Unión Soviética un sinfín de ideas globales, una especie de laberinto, respecto a cómo deben solucionarse los problemas del país. Algunos hablaban, no sé si con autenticidad histórica, del "retorno" al mercado, para lo cual había varios planes. El viernes recién pasado se aprobó finalmente uno, el de Gorbachov, sumamente vago, que no es un plan de nada. Fue acompañado de un golpe peronista más: el anuncio de que se iba a destinar mil millones de dólares a equipar y proporcionar artículos de consumo de todo tipo a los trabajadores del petróleo que amenazaban con hacer una huelga masiva. En suma, el programa de retorno al mercado que Gorbachov ha planteado, y que fue aprobado por el Parlamento, no creo sea la solución de nada, sino que posterga nuevamente el enfrentamiento de los problemas. Por tanto, habrá que esperar el desarrollo de los acontecimientos, los que van a ser cada vez más complicados.

Arturo Fontaine T.:

Quisiera subrayar algunas cosas que me vuelven a la mente a partir de lo que ha planteado David. Como lo ejemplificaba en el caso de los olores a gato en el edificio de la avenida Gorki que visitamos, y como se puede ver prácticamente en cualquier vehículo que circula por ese país, parece que hay una relación, conocida desde antaño, entre derecho de propiedad y responsabilidad. Este es un hecho indelible, cualquier ruso lo sabe. La gente no cuida de la misma manera lo propio que lo común. Los seguidores de Marx no lograron, como he dicho, remover esta ley que él consideraba una ley propia del desarrollo humano y que la evolución posterior superaría. La propiedad privada es un mecanismo para canalizar los efectos de las acciones de modo que recaigan sobre quienes las ejecutan. En ausencia de propiedad privada las responsabilidades se disipan.

El segundo punto tiene que ver con el tema laboral. Como no hay propiamente utilidades, siempre puede haber en las empresas mucha más gente de lo que justifica el giro y rendimiento de esa unidad productiva. Ello significa que en cualquier momento alguien puede no hacer nada y casi no se nota. Además, es sumamente difícil despedir a un trabajador. Entonces, no hay disciplina laboral. Por ejemplo, uno se encuentra con que ese día la pieza del hotel no se la han hecho. Uno reclama al segundo día, y pide que por favor le hagan el baño y la pieza porque la toalla sigue mojada. Dicho sea de paso, la toalla del hotel de la Academia de Ciencias no es una toalla

como la nuestra. De nuevo es una palabra que casi no alude al mismo objeto. Esta es una toalla angosta como una bufanda. En mi baño hay dos de colores chillones y disparejos. El diseño de una tiene perritos y parece como hecha a partir de un retazo de colcha para niños. La otra corresponde a un diseño abstracto. Pero en fin, por lo menos antes estaban secas y ahora no. Entonces, uno reclama y reclama a la jefa de piso. Agregó que he visto a la mucama sentada sin zapatos, de pierna arriba fumando en el alféizar de la ventana frente al dormitorio que tiene que hacer y no lo hace, pese a que uno ya la ha "coimeado" con sendas cajetillas "Marlboro", que valen 30 rublos, en un país donde el salario promedio es de 50 rublos mensuales. Aún así, ella, probablemente, espera más. La respuesta es que no puede despedir a la mucama. La manera más expedita para ello, se me explica, habría sido acusarla de "enemiga del pueblo", es decir, acudir a la KGB. Entonces uno ve cómo el mecanismo de la represión política está vinculado con una estructura económica que fuerza a usar el mecanismo de la represión. En el fondo no hay otro mecanismo eficaz para que la gente reaccione; son estímulos negativos. Entonces, la cuestión de la KGB no es una pura locura ideológica. El gerente, desesperado porque el camión no le saca el material, en algún momento "descubre" que los choferes que no se mueven son enemigos del pueblo. Y efectivamente logra que la cosa ande. Si no tuviera ese poder no tendría absolutamente ninguno. Lo que está ocurriendo hoy día es que, como ha descrito David con transparencia, la pérdida del miedo ha puesto de manifiesto todas estas fallas. La gente ve y grita: el emperador está desnudo. En realidad, siempre estuvo desnudo; lo que pasa es que había miedo y el miedo vestía al emperador.

Una de las discusiones que planteaba el alcalde Popov y de la que nos hizo partícipes, uno de sus dolores de cabeza, es que él debe determinar el día exacto, la hora exacta en que se enciende toda la calefacción de Moscú. Sin embargo, en Moscú las calderas no están en los edificios, sino que son centralizadas. Son unas enormes plantas térmicas con chimeneas, que constituyen un problema ecológico grave. Hay que encenderlas en algún momento; como ustedes saben, el invierno en Moscú es cosa seria. Una semana más de calefacción o una semana de menos tiene gran efecto económico y político. Ahora, imagínense ustedes, cómo se podría decidir eso en democracia. La vida privada está tan enganchada en la vida política, que la situación resulta inmanejable en libertad.

Algo más sobre el tema de las rusificaciones. Uno viaja buscando imágenes interiores. Y me decía: uno de los autores que hay que releer para entender lo que es hoy la Unión Soviética es Gogol, a pesar de que allá Nabokov, tanto tiempo prohibido, desata verdaderas pasiones. Mientras yo

quería hablar de poesía, de Voznesénsky y Evtushénko, me contestaban citando a Mandel'shtam y a Brodsky. Y, en particular, nos interesa Chichikov, de *Almas Muertas*. Dostoievsky también nos pareció un autor muy presente. El gran ausente, en cierto modo en nuestra percepción, aunque era el que más teníamos presente en la imaginación, fue Tolstoi. Yo creo que el único personaje que hablaba ruso con acento tolstoiano de quienes circulaban en esos días por San Petersburgo, era David Gallagher. Sorprendía incluso a los rusos que conocí. Me comentaban que éste era un ruso aristocrático, del viejo San Petersburgo que ya no se escucha. Se trataba, en efecto, de un idioma aprendido de emigrados rusos en París.

Chichikov era un personaje astuto, mediocre, ambicioso. Lo que él descubre para hacerse rico es una triquiñuela muy rusa, muy de país en el cual hay una sobreabundancia de legislación. En la legislación hay censos, es decir, hay un "PGB", hay una cifra oficial que naturalmente está siempre atrasada. En función de ese censo los dueños de la tierra tienen que reconocer el número de siervos y pagar un impuesto. Como hay un atraso (el censo se hace cada cierto número de años), se acumula un enorme número de muertos. Durante ese período los señores tienen que seguir pagando el impuesto porque no pueden probar que han muerto. Chichikov les ofrece a los señores comprarles las almas muertas, es decir, los registros donde aparecen todos estos hombres que están muertos. El se hace cargo del impuesto, que es bajo, y libera a estos señores de esta carga inútil porque los siervos ya no les trabajan. Y ¿qué puede hacer él? El puede, naturalmente, tramitar créditos por esto, pues aparece como dueño de una enorme cantidad de siervos. Eso es lo que él se figura, y con ese respaldo piensa hacerse rico. Esa es la maquinaria financiera que descubre Chichikov y que no le resulta porque al final lo descubren.

Chichikov es un empresario de la triquiñuela, del resquicio legal, del subterfugio. La Unión Soviética está llena de Chichikovs que pululan en el mundo de la economía subterránea, que es el reverso de toda sociedad sobre regulada. El sistema de transacciones es más costoso, en tal caso, que el de la libre competencia debido al riesgo, a la indefinición de los derechos y recursos, a la incertidumbre que significa vivir del fraude a la ley, como lo experimentó el malhumorado Chichikov. Su actividad empresarial resulta ser un remedo, una versión mutilada de la actividad empresarial del mundo del mercado competitivo y formalizado.

Con todo, en tiempos de Chichikov la existencia de propiedad privada daba más realidad a la vida económica de los rusos. ¿Por qué?

Un obrero ruso come un pan sin mantequilla con queso, frente a un televisor de mala muerte en un bar en el que no hay más que pan y queso,

mientras los haya, mientras se acaban, porque es muy poco el que hay. Y él está sentado ahí en una mesa, con una botella de champagne. Porque han decidido que el champagne es un símbolo de status en la sociedad de consumo y en la antigua Rusia y que entonces vale la pena tener champagne muy barato. Los trabajadores soviéticos, entonces, toman champagne. Pero, ¿cuánto vale una botella de champagne? Nadie lo sabe; no hay manera de saber eso.

En una de las mejores esquinas de Leningrado, ocupando un espléndido edificio de fin de siglo, hay una verdulería semi vacía. ¿Es racional destinar tener en ese palacio una verdulería? A primera vista no; pero quizás sí. No hay modo de saberlo.

Esto lo vio Von Mises en los años veinte. Robert Heilbroner tituló un reciente artículo suyo en *The New Yorker*, "Von Mises was right". Sucede que no es posible determinar ningún precio de la economía si los bienes de producción no se transan en el mercado. Esa esquina no tiene un valor averiguable. Por lo tanto tampoco sabemos si las ventas de la verdulería justifican su emplazamiento allí. Lo mismo ocurre con el champagne que beben los obreros rusos: nadie sabe cuánto cuesta ni a quién. Sólo se opera por aproximaciones cuyo marco de referencia, a fin de cuentas, viene dado por la estructura de precios de las sociedades capitalistas. También aquí hay un remedo. Un socialismo planetario sería el caos total. Un Rolls-Royce podría valer menos que un computador Macintosh...

Esta es la situación general con los bienes económicos y que causa, pese a la extraordinaria riqueza de la Unión Soviética, el desorden general. Por eso es también posible que la calidad del tren que nos lleva como a Ana y Vronski, de Moscú a San Petersburgo, sea excelente. Vamos al lado de unos almirantes de enormes gorras blancas, las que bajo cuerda se transan a diez dólares en la avenida Nevski. Viven en un mundo muy similar al nuestro en ese momento. Hemos comprado boletos de Intourist, es decir, en ese instante nosotros no somos individuos acreditados por la Academia de Ciencias de Moscú, intelectuales invitados en esa calidad, sino que somos turistas particulares. Hay personas que viajan en buses climatizados, con guías que les muestran lugares muy específicos y los cuales reciben una atención hotelera tipo americano de segundo o tercer nivel, o cuarto, según el caso; pero que forman un grupo pequeño de personas que tienen un esquema más o menos asegurado. Ese es un poco el mundo de los almirantes, que viven en espacio protegido. Es el mundo de tantos visitantes tradicionales de la URSS —muchos de ellos intelectuales— que no han tenido que vérselas con el problema de encontrar un taxi, de

desplazarse o de tener qué comer. Es un poco el mundo que hoy día se resquebraja producto de esta crisis que ha descrito David.

El proyecto socialista fue fundamentalmente una retórica. Lo que hoy día sostiene a la Unión Soviética sigue siendo una retórica; la retórica se llama transición a la libertad, transición a la democracia, transición al capitalismo. Pero esa retórica tiene una diferencia con la otra. La anterior unificaba al imperio, era la justificación del imperio; esta segunda pone en cuestión por qué tendría que haber tal imperio, por eso descentraliza y desmiembra.

Ahora, yo diría que, con todo, hay una gran esperanza. Pero eso me lo voy a guardar para el final.

David Gallagher

Como dice Arturo, hay una retórica en el aire respecto a lo que hay que hacer que no es más que eso: retórica, aunque las intenciones detrás de ella sean buenas. Y también es cierto que algunos están buscando créditos. Sin embargo, creo que hay un intento verdadero de parte de una élite soviética o rusa, de encontrar un camino, y ese camino se llama universalmente el camino al mercado, a la economía libre. No había ninguna persona y sobre todo en los estratos más altos, en los intelectuales, que no lo diera por sentado. Ahora bien, es un camino que todavía perciben en forma muy abstracta y teórica; y me parece que ocurre lo mismo en otros países de Europa central. Antes de ir a Moscú estuve en Praga asistiendo a un seminario de privatización, en el que había tres ministros del rubro: el checo, el eslovaco y el checoslovaco. Cada uno de ellos habló con mucha poesía sobre la privatización, pero uno tenía la sensación de que ya concebir la privatización, imaginarla, era suficiente. Estos ministros no iban a ser perturbados por los detalles del proceso ni por los escollos que había en el camino. Ya habiéndole imaginado, casi estaban deseosos de pasar a otro tema, porque el de la privatización les aburría: la habían visto en su imaginación y funcionaba y prosperaba. Se podría pensar que hay un problema de esta naturaleza quizás en Checoslovaquia, donde existe un gobierno de intelectuales, pero lo mismo sucede en la Unión Soviética. En verdad, me sorprendió la capacidad retórica de los políticos rusos. El alcalde de Moscú, que era el héroe en nuestro seminario, aparecía a cada instante, exhibiendo una capacidad infinita para hablar realmente envidiable, y todo lo que decía estaba bien: hablaba de cómo iba a privatizar o cómo ya se estaba privatizando el comercio en Moscú, pero cualquiera que caminaba por

Moscú sabía que no había ninguna tienda privatizada. Hubo un caso famoso, que fue comentado largamente en el *Financial Times*, de un georgiano que consiguió finalmente un local en arriendo para establecer una cooperativa; logró reunir toda una serie de productos deseables y demandados a un precio adecuado, y luego, en tres o cuatro días, le cerraron la tienda porque la autoridad del distrito, no ya la de la municipalidad de Moscú, había descubierto que el inmueble donde estaba este local era un edificio histórico que debía ser restaurado, y no podía ser ocupado para ningún fin hasta que ello se hiciera. De modo que toda esta retórica llena de buenas intenciones muchas veces es paralizada en su implementación por los mandos medios, por los *aparatchiks* del sistema ruso.

Arturo dice que, en numerosos aspectos, la Unión Soviética se encuentra muy favorecida. Cualquiera sabe que estamos hablando de un territorio que probablemente puede ser el más rico en recursos naturales que exista en el planeta (una ventaja que no tienen muchos países de Europa Central como Polonia o Checoslovaquia) y, por tanto, puede haber una importante inversión extranjera en los sectores minero, forestal, etc. Pero los escollos en el camino son realmente tremendos. Estos almirantes que vimos en el tren, mientras Arturo soñaba con Ana Karenina, almirantes gordos, muy prósperos de aspecto, son parte de lo que la izquierda rusa, o sea, los liberales rusos, llaman el "complejo militar industrial", y es este complejo militar industrial el que en el fondo domina la sociedad rusa. Esa es la nomenclatura. Por cierto, había rumores de golpe militar y también pudimos observar mucho movimiento de tropas en Moscú. Ningún ruso parecía entenderlo. El mismo Ministro de Defensa no lo podía explicar y daba argumentos bastante poco creíbles: por ejemplo, que los soldados estaban ahí para ayudar en la cosecha de las papas. No creo que el ejército mismo represente un peligro, pero, claro, podría haber un golpe militar muy pronto y quedar yo absolutamente desmentido por algún hecho terrible que leamos próximamente. Es algo difícil de prever. Presenciamos de vez en cuando al ejército ruso marchando y nos pareció bastante poco convincente. Y, por cierto, el ejército está compuesto por todas las repúblicas, de manera que cualquiera división tiene reclutas de Kazajstán, Azerbaiyán, Georgia, Armenia. ¿Cómo hacer marchar ese ejército hoy día? Pienso que es muy difícil. Peor que las fuerzas armadas puede ser la resistencia tremenda de la industria militar a cualquier cambio. Esta representa, por lo menos, el 25 ó 30 por ciento del PGB (aunque nadie sabe lo que es el PGB y todas estas cifras son aleatorias).

Hay un problema adicional en esto de los nacionalismos. La forma en que fue ideada la industria soviética tiene algo que ver con lo que dijo Arturo

respecto de estas centrales térmicas que pueden estar justo al lado de una iglesia bonita —y que sirven para que la gente tenga calefacción—. Y es que la industria soviética está concebida como una serie de unidades monopólicas que fabrican un solo producto; entonces, la única forma en que pueden funcionar es con un comercio muy vital entre todas las repúblicas. De hecho, las repúblicas entre sí transan entre el 30 y el 50 por ciento de sus productos. Pero se está produciendo un movimiento hacia la autarquía. Cada república quiere ser autónoma; cada cual está tratando de desarrollar su propio complejo de industrias para cubrir sus necesidades, y lo que menos desean es exportar un producto a otra república, salvo que dentro del sistema de canje —que es el que ahora predomina en la Unión Soviética— esa otra república le dé en reciprocidad otro producto. Uno de los efectos del desmoronamiento del imperio es justamente la ruptura de ese sistema de industrias monoproductoras y monopólicas; y el enorme desabastecimiento que se va generando es, en gran parte, consecuencia de ello.

Enrique Barros:

Tenemos algunos minutos para intercambiar algunas ideas con Arturo y con David. Ofrezco la palabra.

Pregunta:

Me gustaría saber cuál es el hilo conductor que todavía mantiene esta estructura tan descompuesta que ustedes han señalado, ¿es inercia del pasado o hay un proyecto que se vislumbra a futuro?

David Gallagher:

Desde luego, hay una tremenda inercia del pasado. Les voy a contar una pequeña anécdota: habiendo hecho una larga cola y encontrándonos ya muy próximos a la caseta en que podríamos adquirir los boletos para ingresar a la Catedral de Isaac en San Petersburgo (yo prefiero llamarlo Petrograd porque Petersburgo es alemán; el nombre fue cambiado a Petrograd en 1914 con muy buenas razones), la señora que daba los pases dentro de la caseta (una de las miles de señoras estalinistas que dominan la vida soviética y que están en todos los cuellos de botella que se presentan en el día) decidió, quince minutos antes de la hora de cierre de la boletería, poner un letrero que decía: "intermedio de quince minutos". Cuando

finalmente terminó el intermedio dijo: lo siento mucho, son las cinco, no les puedo vender boletos. Había allí aproximadamente trescientas personas. Yo creo que en muchos países la reacción habría sido bastante violenta; sin embargo, la gente (casi todos eran jóvenes) reaccionó con mucho humor. Entonces hay una inercia, pero de resignación y de aceptación. Creo que el ruso ha vivido hasta ahora una pasividad realmente notable.

Hay cosas que podrían sublevar a los rusos, pero algunas pueden no ser muy sanas para el futuro. Por ejemplo, el nacionalismo. O también huelgas de sindicatos en lugares estratégicos, como ocurrió en Polonia. Creo que en Rusia puede surgir un movimiento parecido a Solidaridad y esa es la razón de que Gorbachov esté intentando comprar al obrero del petróleo. Lo mismo sucede con los obreros del carbón, tanto en Siberia como en Ucrania. Y puede surgir un sindicalismo opositor fuerte; de hecho ya está surgiendo y ha habido huelgas bastante notorias. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los acontecimientos han sido muy rápidos, y pienso que Gorbachov sembró mucha esperanza con la *perestroika* y con la *glasnost* (quizás también ello fue un hilo de prolongación). Quizás ahora Yeltsin y Popov siembren esperanza en alguna gente. Pero no sé en qué momento pueda producirse la caída, ni quién la pueda producir ni cómo pueda ocurrir. Realmente es muy difícil saberlo. No sé si Arturo ve de dónde pueda proceder el dinamismo o la fuerza de cambio.

Arturo Fontaine T.:

Yo veo que en este momento lo que uno siente es el forcejeo de las nacionalidades que buscan mayor autonomía. ¿Autonomía o independencia política? Hacia dónde va eso, es bastante difícil saberlo. Aparentemente, no se ofrece una salida, por lo menos en el corto plazo. El forcejeo de las nacionalidades es consecuencia del retiro del Estado, del vacío del poder. Pero muchas de estas nacionalidades, separadas del imperio, podrían ser presa fácil de otras potencias. Es probable que el Ejército Rojo intente frenar este proceso de independencia. No necesariamente, creo, ello indicaría un camino de retorno a la planificación central y al socialismo. Ahora, respecto a Mijaíl Gorbachov, a mí me es simpático. Tiene el coraje, en un momento dado, de poner fin a la farsa y de iniciar este proceso de apertura. Hubo, tal vez, algo de ingenuidad, pero también de confianza en la verdad. El hombre puso fin a la comedia. Se sustituye esto, como he dicho, por una retórica. Este es un país que ha vivido comiendo retórica y sigue viviendo de la retórica. Pero en definitiva en Gorbachov, siento algo muy

positivo: es el momento en que la persona que ha llevado y sostenido una comedia, una farsa que se hace cada vez más insostenible, decide sacarse la máscara, reconocer que la cosa está mal de frentón y decir: tratemos de corregir. Hay algo muy rescatable ahí. Yo creo que eso va a quedar en la historia. Ahora, obviamente, éste es un proceso revolucionario y se le escapó de las manos. Hoy en día, como decía David, él no controla. Es difícil saber qué fuerzas mantienen hoy a la Unión Soviética en pie. Este es un país que está cambiando de nombre; un país donde se discute si habrá un Banco Central o varios... Hay un proceso de disolución similar al del imperio romano, pero mucho más acelerado. Y con el agravante de que el punto de unión es una ideología en la cual no cree absolutamente nadie. Nosotros no conocimos absolutamente a nadie, ningún intelectual —y estábamos en un ambiente en que conocíamos a muchos intelectuales soviéticos— que creyera algo en Marx, o en algo de lo que han heredado intelectualmente. Y en una enorme concentración, lo que allá llaman "la izquierda", gritaba en las calles de Moscú por el mercado libre. Es una situación inédita.

Comentario

Creo que tenemos aquí un cuadro muy interesante, anecdótico y, para usar un argot filosófico, fenoménico, y quisiera solamente mencionar lo siguiente: hablamos de un país que hoy se llama Unión Soviética y antes se llamaba Rusia; hablamos de un país donde en 1861 desaparece la servidumbre que era prácticamente esclavitud; hablamos de un país que comienza a surgir en el siglo XIII, cuando se libera de la opresión tártara, y que poco a poco de un foco que se llamaba principado de Moscú, a través de unos métodos increíbles (podríamos decir incomprensibles), va formando un imperio.

En fin, yo he vivido tiempo al lado de ese país y temería hablar en términos de retomo al mercado. En ese país nunca ha habido mercado. Hacia 1911 apareció un libro, bajo el título *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, cuyo contenido era muy optimista, porque prácticamente sólo se hablaba de algunos focos de mercado libre, una enorme cantidad de mujiks y nada más. Entonces, con estos antecedentes y este conjunto de las anécdotas creo que podríamos, no tanto explicar, porque respecto de algunos fenómenos es hoy muy prematuro, pero por lo menos, de acuerdo con algún enfoque sociológico, comprender lo que está sucediendo allá.

Arturo Fontaine T.:

Es un punto que me interesa mucho y que debatimos constantemente en el viaje entre nosotros y con los rusos con quienes conversamos; ciertamente nadie en la Unión Soviética hoy día tiene una teoría sobre esto. Y, por supuesto, una de las cosas que uno oye es la cuestión de la servidumbre. Pero esta semiesclavitud, cuasi esclavitud, también existió en Estados Unidos —y como esclavitud hasta una fecha no tan lejana a ésa—. No parece estar allí la respuesta. Hubo un capitalismo incipiente, incompleto, cuyas huellas están en los edificios *art deco*, por ejemplo. L'Hermitage y el Museo Pushkin tienen cuadros comprados por capitalistas rusos, que a mí, por ejemplo, me significaron cambiar enteramente lo que yo pensaba de Gauguin. No sabía que existía ese Gauguin. Era distinto, cualitativamente distinto, al que uno puede ver en otros museos. Hay Picassos extraordinarios de esa época. Se compró arte con un gran sentido de lo que se estaba adquiriendo. Hubo un capitalismo incipiente. David puede hablar más de eso. Están las huellas. Pero no logró instalarse. Fue destrozado. ¿Por qué? Hubo un proceso de modernización brusco y mutilado. Quizás el marxismo, usando la ritualidad de la ciencia y la modernidad, enmascaró un proceso de rupturas y frustraciones, heridas y resentimientos, cuyo sentido y alcance desconocemos. Posiblemente hubo una suerte de regresión disfrazada. Hoy nadie sabe hacia dónde va la sociedad soviética. Los sueños se han hecho añicos y la gente se entrega al mercado negro desbocada. Los planes de privatización que se discuten separan, porque, como decía David, no hay voluntad de hacerse cargo de los costos políticos que esto implica. Los planes incluyen sendas referencias al proceso de privatización, pero hacerlo es algo doloroso. Alguien se va a quedar con algo y alguien no. Es duro y chocan muchos intereses. Es más fácil postergar esto por la vía de transformarlo en una discusión de planes para privatizar. Con todo, hay fuerzas reales que están empujando las cosas en esa dirección. Se está produciendo una privatización espontánea, informal. Se están creando derechos de propiedad a partir de los derechos de administración de los gerentes. Por ejemplo, como decía, el gerente del hotel de la Academia de Ciencias arrienda para sí las salas del hotel para fiestas. Surgen asociaciones. El marco legal de la cooperativa les permite expandirse. No es un proceso ni ordenado, ni transparente. Por el contrario, está infectado por la corrupción y el abuso. Se están enajenando de hecho bienes públicos. Es un desarrollo que horroriza a las mentes proclives a lo que Pascal llamó "l'esprit de geometrie". Sin embargo, desde adentro del

socialismo, la privatización se multiplica con la fertilidad y pertinacia de la maleza inextinguible. Y, en ese sentido, no veo vuelta atrás.

Lo que sí puede haber es una anarquía generalizada, una guerra civil, pero no se ve todavía bien cuáles serían los bandos. Salvo que fuese una lucha de nacionalidades. Pero aún en tal caso, ¿cuáles serían los bandos? Se habla de un nuevo autoritarismo, de una eventual dictadura camuflada o, incluso, abierta. Es posible. Esta apertura política puede fallar; puede clausurarse. Los vacíos de poder tienden a llenarse. En tal caso, como decía Lenin, se habrán dado dos pasos adelante y uno atrás.

Enrique Barros:

Quisiera hacer una breve observación y formular una inquietud. Si nos remontamos a lo que ha sido la historia de Rusia (no ya la de la Unión Soviética), creo que vamos a encontrar que la concentración del poder en ese país ha experimentado variaciones muy notables: hay períodos en que ha sido bajísima, como parece ser en estos tiempos, en que nadie manda, y otros en que la densidad del poder ha sido horrorosamente alta. Se debe tener presente que la cantidad de poder que hay en una sociedad es variable y éste parece ser claramente el caso ruso; de ningún modo es suma-cero. Lo interesante en la Rusia actual es que perdida la ideología, lo que resta simplemente es poder bruto. Mi inquietud es, entonces, hasta cuándo puede subsistir un país en un estado de anarquía como el que hoy existe, aparentemente, en la Unión Soviética. Me gustaría conocer la opinión de David.

David Gallagher:

Ciertamente en la historia rusa ha habido alternancias. En Leningrado vimos una ópera rusa magnífica, la *Khovantchina* de Mussorgsky, ambientada en el período inicial del reinado de Pedro el Grande, cuando éste aún era niño y había una anarquía absoluta en el país. Mussorgsky fue muy criticado cuando escribió la ópera: le objetaron que no tenía argumento, que los personajes no tenían ninguna relación entre sí. Pero Mussorgsky se defendió diciendo que la ópera reflejaba una época que había sido justamente así: caótica, anárquica. Después crece Pedro el Grande y Rusia vuelve a experimentar una gran concentración de poder, cuyo símbolo es San Peterburgo. En la época moderna los rusos han vivido la contradicción de los famosos planes quinquenales que son producto de una concentración

inédita de poder, pero que a la vez son artificiales, absurdos, inalcanzables, y desde hace mucho tiempo no alcanzados. Y de allí han pasado a la incertidumbre diaria donde nada tiene un valor conocido, mucho menos el rublo, que, como ellos dicen, no es más que papel, y por eso que para casi todas las transacciones rehúsan recibirlo, lo cual significa una creciente dolarización de la economía.

¿Cuáles son las perspectivas? Creo que los políticos, con razón, no se resignan todavía a lo que tienen que enfrentar para convertir realmente a esta economía en una economía de mercado (y prefiero decir convertir y no regresar, porque el sistema económico que hubo antes de la revolución fue un capitalismo mercantilista, no de mercado). Es un problema de sacrificios. Si para socializar la economía Stalin tuvo que matar en la URSS no sabemos si a diez o veinte millones de personas, ¿qué ocurrirá con la conversión al mercado? Hoy, el 70 por ciento de la fuerza laboral soviética está en la industria manufacturera, lo cual, en una época heroica (esa que está reflejada en la imagen que vio Arturo en el Metro de Moscú) parecía maravilloso; pero sabemos que en el mundo moderno es insostenible. ¿Qué se hace con toda esa gente? Se ha estimado que en Alemania oriental, de los 8 millones de personas que conforman la fuerza laboral unos 4 millones pueden ser superfluos y tendrán que ser reabsorbidos. Sin embargo, con todo el poderío de Alemania unida, obviamente, ese problema puede enfrentarse. Pero ¿qué pasa si hay 45 ó 50 millones de desempleados en la Unión Soviética? Ningún país de Europa Central ha encarado tampoco la situación: Checoslovaquia (un país por el cual siento gran admiración; capaz de producir una ciudad como Praga, que tal vez sea la más extraordinaria de Europa en cuanto a belleza estética) tiene, increíblemente, sólo 20 mil cesantes. ¿Qué va a suceder cuando sean 200 mil o 2 millones? Esos escollos son tremendos y no sé muy bien cuál es la solución.

La gran esperanza de Rusia estriba en ser un país de enormes recursos naturales, muchos de ellos no explotados. Por ello, quizás, en vez de privatizar las grandes industrias, las que nadie va a comprar, lo que hay que hacer es crear mucho empleo alternativo. Habría que liberar los obstáculos a la inversión extranjera y a la inversión privada rusa. Al permitir que los rusos inviertan en nuevos proyectos se podría, además, convertir un gran problema en una ventaja. Ocurre que en la Unión Soviética, sobre todo con la política de salarios altos que ha seguido Gorbachov, y dado que no había mucho que comprar, hay un exceso enorme de ahorro en la economía. Se estima que hay más o menos 300 mil millones de rublos en ahorros en los bancos estatales, y cerca de 120 mil millones de rublos adicionales debajo "del catre", o sea, en las casas de la gente. Por lo menos a la tasa oficial de

80 centavos de dólar por rublo, es una cantidad enorme de dinero. En el momento en que se libere la economía esos rublos van a volcarse a los pocos productos que existan y habrá naturalmente una hiperinflación. Pero si se crean oportunidades de inversión, y eso requiere que se reconozca realmente con coraje la necesidad de que exista en la Unión Soviética propiedad privada de verdad (lo que no está, desgraciadamente, en el plan de Gorbachov del viernes pasado), esa masa de ahorro en vez de ser un problema se puede transformar en una oportunidad, una virtud.

En fin, el mismo nacionalismo ruso podría convertirse en una virtud. Si uno mismo, y comparto lo dicho por Arturo, siente de pronto un apego por esa casa al lado del samovar (de hecho, he tenido toda mi vida una pasión por ese país; por algo aprendí el idioma), ¿cómo será el apego que sienten los rusos? Hay algo, y corro el riesgo de caer en conceptos absurdos, incómodos de expresar o de imaginar, como una especie de llamado de la tierra. Cuando viví en Oxford, Inglaterra, me tocó conocer tres matrimonios de profesores ingleses con rusas y eran siempre desastrosos porque las rusas no hacían más que llorar por Rusia. Después de todo, este país que estamos describiendo como tan terrible tiene una cultura magnífica y una cultura que ha producido quizás la mejor música del siglo XX y una literatura notable. Por cierto que la literatura de este siglo es igualmente buena que la del siglo XIX. Hay mucho tesoro escondido, que se ha leído mal porque se lo ha leído por razones políticas. Hay también en este momento un renacimiento notable de la pintura y la plástica rusas, que ha producido a personajes geniales como el pintor conceptualista Ilia Kabacov, ya famoso internacionalmente. Desgraciadamente las galerías de Nueva York los arruinan muy rápido; les piden que modifiquen sus obras para un mercado acondicionado a un arte asépticamente "profesional" y se pierde un poco la novedad de lo que están haciendo.

Rusia es un país tremendamente importante, y no se ve solamente en esos palacios neoclásicos de Petrograd, sino en las iglesias de Suzdal, de Vladimir, construidas en el siglo XIV, en el siglo XIII. Un país de una civilización muy antigua, muy propia y muy única. Si fuera Pushkin o Dostoievski tendría que decir que es la única civilización universal. Un país así tiene que tener por lo menos un futuro interesante.

Arturo Fontaine T.:

En la última guerra sólo en Leningrado murieron de hambre 600 mil personas. Este es un pueblo que ha estado sometido a un grado de dolor y de

sufrimiento inimaginable, no sólo ahora último, sino que desde sus inicios, desde las guerras con los tártaros que arrasaban y destruían las casas y las ciudades... Aquella fue quizás una guerra por mantener la barbarie. Quizás los tártaros querían reducir la civilización; pero no conquistarla, absorberla y aprovecharse de ella. Tal vez querían eliminar el progreso, y mantener la estepa en las condiciones en que ellos sabían manejarla. Quizás su actitud era, en parte, análoga a la de los Antiguos Creyentes de la *Khovantchina* de Mussovsky, que recordaba David. Al ser derrotados por fuerzas modernizadoras, se queman vivos dentro de su templo.

Este pueblo que ha sufrido enormemente, hoy tiene una gran esperanza: la que da la libertad. Yo diría que todo esto que hemos descrito: el mal olor del G.U.M., la pésima Pepsi Cola..., todo ello es nada comparado con lo que significa el salto que les ha permitido poder expresar lo que piensan, encaminarse a un sistema pluripartidista, ir hacia un sistema más democrático, tener la sensación de que la represión no está encima de ellos agazapada, generar derechos de propiedad, transarlos de mil formas diversas, sortear, hasta donde pueden, los inconvenientes de la mentirosa moneda oficial... Han atravesado un mar muy difícil y eso les da una fuerza enorme. Es un pueblo que no quiere volver a la violencia legendaria del Gulag, pese a que están en una situación en la cual es muy difícil evitarla. Tienen reservas morales inmensas. Tienen, como decía David, un apego muy fuerte y muy fundado a lo que ellos son. No es primera vez que han sido arrasados. Cuando Napoleón entró y tomó Moscú, arrasó con todo. No quedó nada, aparentemente. Y ellos se levantaron. Como dice Kutuzov, en *La Guerra y la Paz*, Rusia es su ejército y su ejército no está en una parte en particular. Se puede mover y se está moviendo. Los derechos gestados por la privatización espontánea, las transacciones de la economía informal, están minando el socialismo de la Unión Soviética como la nieve en los caminos de invierno ruso diezmó los ejércitos de Napoleón. Kutusov no planificó la victoria. Dejó que el pueblo y el invierno rusos se expresaran. Abrió compuertas y esperó. Esa es la fuerza y la energía que yo sentí. Eso puede ser más grande que todos los cálculos políticos y geopolíticos, económicos y financieros. Quizás. A lo mejor. Algo grande debiera seguir a tanto dolor, a tanto sueño noble despedazado. □